

Los pingüinos pueden cambiar el curso de la historia

Alberto Betancourt^[1]

Las escenas de los carabineros golpeando con una mezcla de saña y destreza técnica, a los jóvenes chilenos exhuma el fantasma del fascismo en América Latina, y nos recuerda que pese al maquillaje mediático, los gobiernos conservadores de la región tienen relaciones de parentesco con la vieja derecha golpista. En el video de *you tube*, llamado "En qué idioma te lo digo", un estudiante chileno declara en alemán, que en 4 años de licenciatura, adquirió una deuda de 15 millones de pesos, situación compartida por otros 20 millones de estudiantes de escuelas particulares, sobre las cuales, por cierto, no existe ningún control estatal respecto a la calidad de la enseñanza que brindan, y cuyas becas-crédito cobran intereses de 6% anual. El Presidente Salvador Allende impulsó la autonomía y la libertad de cátedra; la dictadura de Pinochet desapareció profesores e impuso rectores filo-militares. En sus últimos minutos históricos, la dictadura que inauguró la era neoliberal en la región, heredó una ley que dejó el 80% de la educación en manos privadas, y la orientó a la formación de cuadros técnicos, egoístas y dóciles, pero eso sí, muy "competitivos", en el marco de los paradigmas extranjeros. En abril de 2006, la *rebelión pingüina*, de 20 mil estudiantes de secundaria, conmocionó al mundo, y mostró a jovencitos chilenos de entre 12 y 15 años, con un discurso muy sofisticado y dispuestos a jugársela en las grandes alamedas, por el derecho a la educación pública y la defensa de un futuro compartido. En junio de 2010 Paloma Muñoz, adolescente y dirigente de la coordinadora de estudiantes de secundaria, emplazó al gobierno, a escuchar a una generación, que exige formarse para ser ciudadanos del siglo XXI, y no solo empleados eficientes. Por su parte, la carismática dirigente Camila Vallejo señaló que si el movimiento estudiantil ha sido capaz de crecer y desafiar el virtual toque de queda, impuesto por Sebastian Piñera, ha sido porque viene de la prestigiosa tradición de la juventud comunista que contribuyó a derrotar a la dictadura, así como, por la simpatía cosechada por haber estado al lado de los danificados, después de la pesadilla del tsunami y por haber participado en la lucha una reconstrucción planeada democráticamente, en franca oposición, a la reconstrucción salvaje promovida por el gobierno y que le abrió paso a los tiburones que especulan en el mercado inmobiliario. El 24 de junio, la prensa del mundo informó que decenas de miles de zombies comenzaron a agruparse en las grandes alamedas, en las plazas y los edificios públicos, de pronto las agencias noticias del mundo informan que los muertos vivientes comienzan a bailar, ¿qué está pasando? ¿los cables noticiosos se han vuelto locos? No, son los estudiantes chilenos, mostrando un ingenio desbordante, es un baile masivo tipo *Thriller* de Michael Jackson, encarnando a trabajadores-zombies medio muertos de hambre, por los malos salarios de la era neoliberal. Inmediatamente después la multitud se celebra a sí misma entonando un himno que recupera la larga tradición musical del pueblo chileno, desde Víctor Jara y Violeta Parra hasta Illapu e Inti Illi Mani, que sindicato combativo de América Latina no ha coreado alguna vez, "No nos moverán", que movilización popular no ha cantado alguna vez como rito de esperanza "El Pueblo Unido jamás será vencido". Pero esa tradición no se ha anquilosado: sigue viva. Si el comunista checoslovaco Julius Fucik decía antes de ser ejecutado por los nazis "que nunca sea ligada la tristeza a mi nombre", los estudiantes chilenos que reciben como respuesta a su creatividad, un poderoso chorro de agua lanzado desde una tanqueta, no se dejan aterir por el miedo, y exorcizan la parálisis deseada por el gobierno de derecha, entre contoneos y consignas musicalizadas, en una celebración del pensamiento que muestra que las masas, que según Canetti o Freud pueden realizar a veces actos de autodisolución de su responsabilidad, pueden también como en este caso mantenerse lucidas y usar su fuerza para defender la razón. La vida es una fiesta cuando se derriba el muro que nos atomiza y se crean lazos gozosos y se construyen repúblicas, literalmente cosas públicas. Después una larga celebración por haber realizado el *Thriller* masivo más politizado del mundo, a ver que vengan los del Record de Guinness a registrar el acto de danza pop más politizado en la historia, después de romper ese record, la multitud pide que el ciudadano aletargado por los discursos que pretenden jibarizarlo y convertirlo en mero consumidor, reaccione y resucite. "Vuelve a la vida pueblo chileno" grita una estudiante. En tono pausado de hombre sabio el historiador chileno Gabriel Salazar explica que la respuesta militar a un reclamo ciudadano, debilita a un gobierno. Cuando la derecha celebra la mano dura, afirma el Premio Nacional de Historia, se convoca el espectro de Pinochet, pero las ideas y las necesidades históricas no se derrotan bombardeando el Palacio de la Moneda. Los estudiantes aprendieron mucho en la gran escuela, de las 22 jornadas nacionales de protesta contra la Junta Militar. Los recientes cacerolazos pusieron en juego una memoria de procedimiento, un modo de actuar ante el autoritarismo. ¿Cómo se va a comportar la clase política ante un gobierno que solo goza del 17% del apoyo de la opinión pública? Los estudiantes que argumentan la necesidad de un nuevo modelo educativo, se han elevado a un movimiento ciudadano que ejerce su soberanía y se plantea la tarea histórica de reconstituir las relaciones entre la ciudadanía y el gobierno, y hace que emerja la necesidad y la posibilidad de refundar el estado chileno. Los políticos profesionales están preocupados por las próximas elecciones, y no atinan a calibrar el nivel del descontento popular. Las protestas callejeras han creado lazos entre vecinos, solidaridades entre jóvenes, barreras cotidianas que caen ante la posibilidad de platicar con el que está al lado, de unir fuerzas y jugar a modelar la historia. La palabra solidaridad en América Latina está indisolublemente ligada al lugar que ocupa Chile en nuestro corazón. De la plaza Tharir, a la Puerta del Sol, y de Damasco, a las calles de Salónica soplan vientos de dignidad rebelde. ¿México cuando? No te tardes mucho. Pero por lo pronto quien hubiera pensado que nos iba a tocar presenciar y participar en una nueva revuelta juvenil mundial de la que Chile forma un capítulo tan entrañable.

[1] 18 de agosto de 2011.